

TEXTO DE LA CONFERENCIA: Peter Baltes. José María de Pando y la utopía monárquica. Fundación Ugarte del Pino, Lima, 2015.

Es para mí un gran honor poder presentar en este histórico salón de actos de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, en la Torre de los Lujanes de Madrid, la compilación de las obras del político hispano-peruano Don José María de Pando (1787-1840) que lleva por título de “La Monarquía sin Corona”.

Hablar de este libro es hablar de una odisea, diría una doble odisea. La primera deriva de las dificultades que encontró este libro para su publicación y la segunda aquellas las que rememoran la intensa y compleja vida de Pando.

La idea de este libro nació hace algunos años gracias al interés de la Doctora Martha Hildebrandt, por entonces Presidenta del Fondo Editorial del Congreso de la República del Perú, quien me invitó, y quienes conocen a Doña Martha saben lo afectuoso pero imperativo de sus invitaciones, para que me ocupase de reunir las obras de aquel olvidado ministro de Simón Bolívar y que hacia la década de 1830 fundó en su célebre “Tertulia Pando” el primer partido conservador peruano.

Ya encaminado el trabajo se presentaron sinnúmero de dificultades administrativas así como recurrentes complicaciones editoriales estuvieron a punto de hacer naufragar este proyecto pero todas ellas pudieron ser superadas gracias a la determinación del Presidente del Congreso, Don Luis Iberico, quien nos brindó su total apoyo y por ello le expresé aquí mi especial gratitud.

Menos complejo pero también difícil fue la búsqueda de información y documentos sobre Don José María de Pando pues muchos años de olvido parecía que había borrado su rastro. Pero, poco a poco, la investigación documental fue dando resultados y ello nos permitió descubrir con serenidad una impresionante figura histórica que le era casi desconocida a la historiografía peruana.

Este limeño nació en 1787, en el seno de una importante familia de la aristocracia criolla y a sus cortos siete años fue enviado a la península para perfeccionar su educación siendo tal su talento que muy joven fue asignado como tercer secretario de la misión española ante la Santa Sede, que como bien sabemos, es la representación diplomática permanente más antigua del mundo.

Durante esos días romanos, y por un capricho del destino, aquel novicio de la diplomacia ante la Corte Pontificia fue encargado por sus superiores para que acompañase en su visita por la Ciudad Eterna a un joven patricio criollo quien junto con su preceptor, que recorría Europa en viaje de formación cual *Emilio* americano. A lo largo de esos paseos Pando hizo amistad con el mozo Simón Bolívar y su maestro Simón Rodríguez sin saber la trascendencia que esta relación tendría en su futuro. Fue en aquella ciudad donde Bolívar juró en el Monte Sacro morir por la emancipación americana.

Pando continuó su carrera hasta llegar a la cumbre ocupando la cancillería del Imperio hispánico en 1823, durante el ministerio presidido por Jose Maria Calatraba (1786-1876) y en tiempo de la crisis de los cien mil hijos de San Luis que concluyo con su caída y posterior destierro al Perú. Con el fin de esa guerra civil terminó la breve gestión del segundo limeño que alcanzó la alta investidura de ministro de exteriores de la corona española. El primero había sido, en 1814, el célebre mecenas de Goya y II Duque de San Carlos, Don José Miguel de Carvajal y Vargas Manrique de Lara (1789-1828).

A su llegada desterrado al Perú en 1824 se encontró con la sorpresa de que aquel amigo de los paseos romanos Simon Bolivar gobernaba el Perú de inmediato lo convocó para asumir importantes labores ministeriales en el naciente Estado a pesar de sus reticencias iniciales. En una carta al Vicepresidente de la Gran Colombia Francisco de Paula Santander el Libertador le decía sobre nuestro biografiado: *“Este caballero tuvo el mismo destino en Madrid en tiempo de las cortes... Su honradez, su energía y sus luces compiten entre sí: pero no es agradable ni amado aunque es el primer hombre del Perú”*

Esta relevancia como la primera personalidad del Perú recién emancipado, genero muchas envidias y celos entre sus contemporáneos, acusándolo de “godo” o “españolizado” y es posible que estas se hayan perpetuado condenándolo al olvido en el mundo de los académicos. Cosa distinta paso con el imaginario popular que mantuvo vivo al diplomático y político gracias a una tradición que lo hizo sobrepasar su dimensión histórica, para ubicarlo en el plano de la costumbre local.

En su “Léxico de Bolívar” Martha Hildebrandt nos explica que al regresar Pando a Lima desde el Congreso Anfictiónico de Panamá donde viajo en representación del Perú: *“... lo recibió ansiosísimo el Libertador y le dijo según la tradición: Abra Ud. la petaca Doctor Pando, y saque todo lo que trae”*. Bolívar esperaba impaciente muchas noticias. Pando se las dio, pero no eran nada alentadoras. El Congreso de Panamá parecía destinado al fracasar. Bolívar, desanimado, se arrojó de bruces en su hamaca después de vaciada la “petaca” de Pando que resultó ser una verdadera “Caja de Pandora”. Desde entonces la expresión “Ser como la petaca de Pando” vino a resumir en el habla peruana cualquier asunto que encerraba grandes dificultades.

En muchas ocasiones Bolivar dijo de sí mismo *“Yo soy el hombre de las dificultades”* y en los Andes emancipados la mayor de las dificultades era diseñar y establecer un nuevo régimen político que sustituyera a la Monarquía Católica que aún mantenían el brillo de una corona que había regido ambos mundos por casi tres siglos.

Para enfrentar el difícil problema institucional y conjurar el peligro de la anarquía que se veía venir el Libertador propuso su proyecto de constitución con una presidencia vitalicia que en realidad bosquejaba un principado republicano al estilo clásico que pudiese sumar dos herencias, la del monarquismo europeo y la del republicanismo americano. Por ello bien dijo Antonio

Lecadio Guzmán: *“Bolívar, al concebir y publicar este proyecto, se había colocado en medio de dos mundos, ha sacado del uno lo más sublime de la libertad y del otro lo más sólido del gobierno...”*.

Fue este proyecto de monarquía sin corona la que Jose Maria de Pando auspicio y defendió en el Perú. El medio que escogió para ello fue el literario y entonces declamó su notable poema la “Epístola a Próspero”, donde una centuria antes del “Ariel” de José Enrique Rodó (1871-1917), toma prestado de las obras de Shakespeare, a uno de sus personajes arquetípicos, para expresar su aspiración política en favor de que fructifique en el tierra peruana el proyecto de Constitución redactado por el Libertador y ya se había sido adoptado en Bolivia.

Sobre este punto Leonardo Altuve Carrillo nos explica que: *“Posiblemente Pando quiso representar en Bolívar a Próspero, el recto Duque de Milán, figura central de la tragedia “La Tempestad”...Pero como en la tragedia shakesperiana, el hombre rector debe estar adornado de las mejores virtudes de la moderación y rectitud de ánimo. Por eso, el poeta, en medio del vigor laudatorio y triunfalista del canto, se empeña filosóficamente en apremiar al Héroe para que procure un porvenir feliz: “Dadnos leyes sabias, justas y estables”; enfatiza la necesidad de evitar la anarquía y la confusión de los partidos y pasiones. Es necesario esquivar “el horrible sendero”*”.

Pero la América emancipada no pudo esquivar el horrible sendero y tras el fin del régimen bolivariano en Perú de 1827 la anarquía se apodero de los destinos del otrora gran virreinato y desde entonces los momentos de paz solo serían breves oasis engrandes desiertos de desorden.

En 1829 pudo calmar la sed de paz de los peruanos un severo militar, el Mariscal Agustín Gamarra, quien desde su primer minuto de gobierno convoco a Don Jose Maria de Pando como ministro de Estado pues como dijo el escritor cuzqueño Jose Manuel Valdez y Palacios (1812-1854) en su *“Bosquejo...del Perú en sus tres grandes épocas”*: *“El General Gamarra, de quien fue, primero, Secretario General, y después Ministro, llegó casi a venerarlo y a mirarlo como un dios”*.

Y es que la estatura del Pando Estadista llevo a impresionar a un escritor tan brillante como Jose Joaquin de Mora (1783-1864) quien por entonces estuvo exiliado en Argentina, Chile y Perú y quien escribió su apreciación de la política peruana de entonces diciendo: *“Pando y Gamarra son los únicos hombres que inspiran alguna confianza; el primero por sus talentos, el segundo por sus puños”*

Durante estos años de éxito vemos aparecer junto a la figura del estadista la del Pando Pensador, que hizo de la cultura el instrumento idóneo para difundir su ideario, pues como recordaba Valdez y Palacios él: *“..., era amigo entusiasta de los adelantos sociales y del fomento de las reuniones literarias. Gran aficionado a las representaciones dramáticas, dirigía y sustentaba en su casa una sociedad seleccionada de jóvenes literatos, con quienes previamente representaba*

algunas piezas, teniendo por espectadores a algunos amigos y a un círculo elegante de señoras dedicadas al arte”

Es así como nació el más célebre cenáculo limeño, aquél que la historia ha conocido como la “Tertulia de Pando”. Un salón literario que reunía a personalidades cultas era una institución típica del siglo XVIII donde los individuos ilustrados se distinguían en el arte de la conversación de los más diversos temas, a lo largo prolongadas veladas que eran matizadas con lecturas, poemas, dramatizaciones, música y cenas de elevado refinamiento. En estos salones los anfitriones introducían temas políticos para invitar a los asistentes a debatir y conciliar posiciones que, muchas veces, se trasladaban a la prensa en polémicas escritas o llegaban al parlamento.

Y es que en el Congreso Peruano se puede conocer la faceta clara de su acción política porque: *“Como orador público, estaba Pando dotado de esas altas facultades intelectuales unidas a algunas de esas cualidades físicas necesarias para constituir la perfección del arte de la oratoria. Postura majestuosa, aunque de baja estatura, facciones nobles, ojos radiantes, mirada penetrante, que bastaba por sí sola para desconcertar a sus adversarios, voz fuerte y sonora tales eran los dones naturales que fascinaban al auditorio cuando este hombre tomaba la palabra. Su gesto y su accionar tenían una dignidad grave que, extendiéndose poco a poco a sus hábitos sociales, a su lenguaje, a las formas de su correspondencia, se convirtieron en segunda naturaleza e imprimieron en toda su persona un carácter enteramente particular. La grandeza de pensamiento y la fuerza de imaginación correspondían igualmente a esta pompa majestuosa. Con sátiras súbitas e inesperadas sabía con los desaciertos y faltas más insignificantes de sus contrarios, hacer resaltar efectos prestigiosos que los confundían y derramaban sobre sus discursos el ridículo más adecuado y amargo. Tenía sobre todo un poder de inventiva sin igual en su época...era para sus colegas objeto de las mayores consideraciones y de una atención extremada”* según fue el retrato que nos ha dejado el escritor Jose Manuel Valdez y Palacio.

Pero ni el talento de Pando ni la fuerza del Mariscal Gamarra pudieron conjurar el sendero de la anarquía y una próxima guerra civil estallo en 1834 y trajo consigo su caída y un nuevo destierro esta vez llevándolo de regreso a España donde la muerte del Rey Fernando VII parecía que había hecho cesar las pasiones políticas contra él.

A su llegada a Madrid su amigo el literato y político moderado Francisco Martínez de la Rosa (1787-1862), ilustre miembro de esta real academia, quien presidía el gobierno español lo nombro miembro del Consejo de Estado, función en la que se desempeñó hasta la caída de éste en 1836, fecha en que para su desgracia llegó al poder su antiguo enemigo, el liberal exaltado José María Calatrava quien lo cesó acusándolo de “insurgente” por haber servido en el Perú.

Aquí podemos apreciar trágica paradoja en la vida de Jose Maria de Pando, a saber, ser acusado de “godo” en América y de “insurgente” en España. Es muy probable que el olvido de obra

también se haya debido a tal injusticia pues al calor de aquel conflicto que con toda propiedad podemos llamar una guerra civil hispánica muchas vidas y famas perecieron sin la menor conmiseración.

Tras la caída del gabinete Calatraba en 1837 Pando pudo ser rehabilitado y reintegrarse a la sociedad española a quien tanto debía y a la que con tanta dedicación había servido pero nunca se olvidó de su tierra natal y se lamentaba por las penurias que ella sufría a causa de una anarquía que lleno la península de expatriados del Perú. Es poco sabido que el siglo XIX posiblemente haya sido el siglo más peruano de la vida española debido a la multitud de expatriados que provoco la emancipación del Perú de la monarquía española. Solo a modo de recuerdo están todos los militares “ayacuchos” los marqueses de Viluma y el conde de Cheste, el conde de bullones o la viuda peruana de Canovas del castillo quien fuera otro ilustre miembro de esta real academia.

Pero para cuando esta real academia fue fundada en 1857 ya hacia diecisiete años que Don Jose Maria de Pando habia muerto en 1840 y por ello no pudo representar la unión de la familia de los pueblos de la hispanidad. Magisterio

Antes de terminar recordare a Eugenio d'Ors que decía bienaventurados quien ha conocido maestros, Y como soy un bienaventurado, porque he conocido maestros en ambos mundos en primer lugar a nuestro recordado Vicente Ugarte del Pino recientemente desaparecido, a Guillermo Lohmann, Alvaro D'Ors y Juan Vallet de Goytisolo

Antes de terminar deseo agradecer muy espacialmente en este decimo aniversario de mi incorporacion como académico correspondiente y tarsmitir mi agradecimiento muy especial a marceliono Oreja su sucesor en el ministerio y además su ensayo estupendo a Dalmacio negro pavon por su amistad y gran

A don juan Velarde por su amistad y deferencias asi como esta presentación generosa que conmemora los 10 años de mi ingreso a esta academia al secretario

Antes de terminar quisiera agradecer, en primer lugar a los maestros porque siempre tengo presente lo escrito por aquel gran filosofo que fue Eugeni Dors Las deliciosas palabras que Eugenio d'Ors dejó escritas en 1914, en su *Flos sophorum*: "*¡Bienaventurado, no me cansaré de repetirlo, quien ha conocido maestro! Porque ése sabrá pensar según cultura e inteligencia. Habrá gozado, entre otras cosas, del espectáculo, tan ejemplar y fecundador, que es el de la ciencia que se hace, en lugar de la ciencia hecha, que los libros nos suelen dar. Quien aprende ciencia en el libro, corre peligro de volverse escientista, es decir, dogmático de lo sabido; quien, al contrario, recibe lección de maestro sabrá más fácilmente conservarse humanista, porque no se olvidará de la relación entre el producto científico y el hombre que arbitra y crea: y así él tendrá el culto del espíritu creador; no la esterilizante superstición del resultado*".